

por los bienes de sus hijos y que así no les haría falta, ni en cuanto al cariño ni en cuanto á su fortuna. San Francisco de Sales apoyó cuanto había dicho la señora de Chantal, y el Sr. de Fremiot, viendo que el Santo Prelado imitaba á nuestro Señor, disponiendo todas las cosas, no sólo con generosa fortaleza, sino también con gran benignidad y dulzura, dió su absoluto consentimiento, así como el Arzobispo de Bourges, y todos se separaron bendiciendo á Dios por esta determinación tan santa. Una dificultad imprevista hizo creer que sería menester dilatar la empresa. Era menester poner el asunto en conocimiento del anciano Barón de Chantal, y el señor de Fremiot se encargó de esta comisión. Pero apenas abrió la boca, cuando este anciano, que amaba á su nuera á pesar de la aspereza con que la trataba, empezó á gritar y llorar amarga y abundantemente. El señor de Fremiot se conmovió tanto, que vino á decir á su hija que era absolutamente necesario dilatar su retiro un año ó dos y dejar á este anciano morir en paz. Pero la Santa, que no ignoraba que no está Dios ni debe estar á nuestras órdenes, y que nosotros somos los que debemos estar prontos del modo y á la hora que guste, respondió con dulce firmeza: «Padre mio, las resoluciones formadas para el servicio de Dios, no deben sufrir dilaciones; yo procuraré arreglarlo amigablemente con mi suegro.» Y, en efecto, lo consiguió.

El domingo siguiente, todos los habitantes del castillo y una parte de los aldeanos, se confesaron con San Francisco de Sales, y comulgaron de su mano en la iglesia parroquial. El Santo predicó en la Misa, y su palabra fué tan persuasiva, que un ateo que había ido á oírle por fanfarronada, se convirtió y entró en una Orden religiosa. Al otro día se despidió San Francisco de Sales de esta venerable familia, y bendiciendo á la señora de Chantal, la recomendó mucho fuese muy humilde, á fin de que el edificio en que meditaban, tuviese

por cimiento la humildad, y pudiese de este modo elevarse á una santa grandeza y desafiar á todos los siglos.

El Presidente Fremiot, el señor Arzobispo de Bourges y la señora de Chantal acompañaron á San Francisco de Sales hasta Beaune. Fácil es imaginar lo que sería este viaje, en tales circunstancias y con semejantes viajeros. En Chassagne, donde se pasó la primera noche, las gentes de la posada observaron cuidadosamente á San Francisco de Sales, y vieron que se había acostado en el suelo, y que por la mañana se había echado en la cama para arrugarla y ocultar su austeridad (1). En Beaune, adonde fueron el otro día muy de mañana, y donde debían separarse, San Francisco de Sales dijo Misa en el Hospital, dió la Comunión á la señora de Chantal, y acompañado de ésta visitó y bendijo á todos los enfermos en sus camas. «¡Oh mi muy querida y deseada hija!—la escribe algún tiempo después San Francisco de Sales, embalsamado aún con los perfumes de este viaje y de esta despedida en medio de los pobres;—yo os dejé en el hospital de Beaune llena de deseos de amar, honrar, servir y adorar la voluntad de Dios, resignada á todas las cosas grandes y pequeñas, con vuestra voluntad del todo abandonada á la misericordia de la suya; os dejé con nuestro Señor, á quien realmente habíais recibido, y esto entre los pobres de Jesucristo. ¡Dios mio! mi querida y muy particularmente querida hija mía. ¡Oh! sí, sois mi alegría y mi corona; quedad así toda entregada de espíritu y de corazón á la voluntad de nuestro Señor, y quedaos también con el afecto en medio de sus pobres. Y pues su voluntad es que aún sirváis á vuestra familia con vuestro gobierno, quedaos en paz con ella, siendo siempre fiel á esta divina voluntad (2).

(1) *Memorias inéditas de la fundación del monasterio de la Visitación de Beaune.* Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º

(2) Carta XLII, libro II, edición antigua.

Apenas había vuelto la señora de Chantal de este viaje, cuando un acontecimiento inesperado llenó de tristeza el castillo de Monthelón. La pequeña Carlotita, de edad de diez años, cayó repentinamente enferma, y murió súbitamente. La señora de Chantal, que la amaba con un cariño particular, habiéndola criado entre las lágrimas de su viudez, que la llamaba su ángel y que se alegraba de las buenas disposiciones para la virtud que manifestaba esta niña, sintió mucho su muerte. Escribió al instante al Santo Obispo para noticiarle su dolor y buscar en él algún consuelo.

Cuando el Santo recibió esta carta, estaba sumido en la más profunda aflicción. Su venerable madre la señora de Boisy, atacada de parálisis y apoplejía, murió en dos días, siempre semejante á sí misma; es decir, tan santa en la muerte como en la vida.

Las circunstancias de la muerte dichosa de su buena madre se las escribió San Francisco de Sales á la señora de Chantal. Esta relación es tan hermosa, tan piadosa y pone tan en evidencia la ternura de corazón, que era uno de los encantos del Santo Obispo, que no podemos dejar de citar algunas líneas:

«Tal vez querréis saber — escribe el Santo — cómo acabó sus días esta digna mujer, madre mía querida; es en verdad una pequeña historia, pero escribo para vos, á vos, á quien he dado el lugar de esta amada madre en el *Memento* de la Misa, sin quitar el que teníais, porque no he podido hacerlo: tan fuertemente tenéis lo que tenéis en mi corazón, y de este modo sois la primera y la última.

»Esta amada madre fué, pues, á la parroquia de Thorens el día de Ceniza, confesó y comulgó con gran devoción, oyó tres Misas y Visperas, y por la noche, estando en la cama y no pudiendo dormir, se hizo leer por su doncella tres capítulos de la *Introducción*, para llenarse de buenos pensamientos, é hizo poner señal en

la protestación, para hacerla á la mañana siguiente. Pero Dios se contentó con su buena voluntad, y lo dispuso de otro modo; porque por la mañana, y apenas se levantó, cayó repentinamente como muerta.

»Vinieron aquí á llamarme, y me fuí corriendo con el médico... Cuando llegué, aunque estaba ciega y muy adormecida, me acarició mucho, y dijo: este es mi hijo y mi padre, y me besó, echándome los brazos al cuello; antes me había besado la mano.

»Continuó del mismo modo casi dos días y medio, después de los cuales apenas se la podía despertar; por último, el primero de Marzo rindió su alma á Dios, dulce y tranquilamente, quedando la difunta más hermosa que he visto en toda mi vida.

»Preciso es decir también que tuve valor para echarla la última bendición, cerrarla los ojos y la boca, y darla el último beso de paz en el momento en que expiró; después de todo esto, mi corazón, demasiado lleno de dolor, no pudo contener el llanto que se agolpó á mis ojos, y lloré á esta buena madre, mucho más de lo que he llorado desde que soy Obispo.»

Se concibe fácilmente que con motivo de esta grande aflicción, San Francisco de Sales sintió mucho menos á la niña Carlota; la consagró, sin embargo, una lágrima, pero muy parecida á esas lágrimas que vierte la Iglesia por sus hijos chiquitos, que mueren antes de haberse manchado con la basura de este mundo. «Nuestra Carlotita ha sido muy feliz, habiendo dejado la tierra casi sin haberla tocado. Pero ¡ay! era preciso, no obstante, llorarla un poco; porque, ¿no tenemos un corazón humano y una naturaleza sensible? ¿Y cómo no llorar un poco por nuestros muertos, cuando Dios no sólo lo permite, sino que aun nos lo aconseja? He sentido á esta pobre niña, pero con un pesar menos sensible, y tanto más, cuanto que el gran sentimiento de la separación de mi madre quitó la fuerza al dolor de este segundo día

gusto, cuya noticia me llegó cuando aún teníamos en casa el cuerpo de mi madre. Dios sea alabado en este acontecimiento como en todos. Sí, Dios nos da y Dios nos quita; su santo nombre sea bendito (1).»

La señora de Chantal lloró tiernamente á la señora de Boisy; perdía en ella una santa amiga, y perdía sobre todo á la virtuosa suegra de la Baronesita, que tan impacientemente había deseado, y á quien se había concedido el matrimonio de María Amada con el joven Barón de Thorens, y con la cual se contaba para enviar á Saboya á una niña tan joven y tan inexperta, que necesitaba su apoyo y dirección. Así, apenas se supo su muerte, cuando se hizo evidente á todos que la señora de Chantal no podía dejar ir á su hija sin acompañarla, y así, los mismos que habían sido más opuestos á los proyectos de la Santa, la instaban á que apresurase sus preparativos de marcha.

Mientras tanto, empezaba á correr el rumor de que la señora de Chantal dejaba el mundo, é iba á sepultarse en un convento fuera de Francia; unos la admiraban, otros la criticaban, y todos la lloraban. Desde la víspera de la partida, que se fijó para el primer domingo de Cuaresma de 1610, los caminos que iban á Monthelón se llenaron de pobres, que venían por última vez á ver á su bienhechora. El día de la partida, muy de mañana, los patios del castillo fueron invadidos por un gentío inmenso, que quería ver por última vez á la que llamaban *nuestra buena señora*. Todos los pobres aldeanos se apretaban y oprimían para estar en primera fila. No se oía salir de esta multitud compacta sino las palabras de *madre* y *santa Baronesa*, acompañadas de gritos y lágrimas de dolor. Los criados de la casa, en lugar de acallar á la gente, lloraban aún más que todos. Unos capuchinos que estaban allí trataban de

(1) Carta del 11 de Marzo de 1610.

hacer callar á todo aquel gentío, yendo y viniendo de un lado á otro, pero inútilmente. No se oían más que lamentos, en que todas las voces de los pobres, de las mujeres y de los niños se perdían en un gemido común, entrecortado de cuando en cuando con gritos agudos, y se llenaba de maldiciones á cuantos habían podido ser causa de los disgustos de la señora de Chantal. Un niño, hijo de un pobre, exclamó de repente: «Se os quita la luz porque habéis querido apagarla; haced penitencia.» A estas palabras, las lágrimas y los sollozos se redoblaron con más fuerza.

Mientras tanto, tenía lugar en el interior del castillo una escena aún más tierna y dolorosa. La señora de Chantal, de rodillas delante de su suegro, le pedía perdón de sus faltas y de los disgustos que le había causado. Por su parte, el anciano Barón había caído en los brazos de su hija, no teniendo fuerzas para hablar; todos los presentes sollozaban afligidos. Por fin, la señora de Chantal se levantó, apretó por última vez contra su pecho y en un largo abrazo al arrepentido anciano y salió precipitadamente.

En el momento en que apareció en el descanso de la escalera, un grito general se exhaló del pecho de todos los pobres, que la esperaban reunidos en el patio, y que al ver á la señora de Chantal la recibieron tendiéndola los brazos y llorando tristemente. Atravesó despacio sus apretadas filas, acariciándolos con bondad, besando á sus hijos y recomendándose á las oraciones de todos: en fin, colmada de bendiciones, llevando su ropa mojada con las lágrimas de los pobres á quienes socorría, subió al coche acompañada del Barón de Thorens y de María Amada, su joven esposa, de Francisca y de la señorita de Brechard, y partió para Autun para marchar desde allí á Dijón. Pero la gratitud de los pobres y de los habitantes de Monthelón no estaba satisfecha, y toda aquella multitud tomó el camino de Autun, si-

guiendo de lejos el coche, y honrando así á su bienhechora con una especie de pacífico triunfo.

La señora de Chantal se detuvo poco tiempo en Autun; muerta ya al mundo, y sintiendo que necesitaba de toda su energía para resistir el último y más doloroso asalto que la quedaba que sufrir, empleó su tiempo en visitar las reliquias de los Santos Mártires, que son muy numerosas en esta ciudad, y los hospitales, donde dejó grandes limosnas por despedida. En esta misma ciudad hizo un acto que demostró que los Santos conservan, aun en medio del más heroico desasimimiento, un corazón sensible á todos los afectos de familia. Entre el gentío que había seguido su coche, la señora de Chantal había distinguido á un religioso de la Orden Tercera de San Francisco; le llamó y le rogó, por el recuerdo que conservaba de ella, que volviese á Monthelón y se mantuviese al lado de su suegro, y no le abandonase sin haberle preparado á una santa muerte, lo que este buen religioso prometió y ejecutó fielmente.

A los dos días llegó la señora de Chantal á Dijón, en donde debía consumir su sacrificio. Su primer acto al entrar en esta ciudad fué recibir la sagrada Eucaristía, Viático oportuno para el viaje que iba á emprender y fortaleza de que su corazón tenía grandísima necesidad, á causa del tierno amor con que amaba á su padre y el afecto que tenía á sus parientes. Subió también á Fontaines á pedir al gran Doctor San Bernardo su intercesión, para alcanzar de Dios la gracia y el valor de dejar todas las cosas, á imitación suya; y, por último, se la vió trepar la escarpada montaña de Nuestra Señora d'Etang y arrodillarse y postrarse en aquella capilla, donde en 1604 había ido con San Francisco de Sales cuando aún ignoraba el secreto de su vocación, y adonde había vuelto en 1605 á escribir con su sangre y sobre el altar su primer voto de obediencia, y en la

cual, por fin, la Madre de Dios había sido después y muy á menudo la confidente de sus alegrías, de sus penas, de sus afanes y de los inmensos deseos que sentía su corazón de entregarse totalmente á Dios.

El 29 de Marzo de 1610, día señalado para la despedida, los parientes y amigos de la Santa se reunieron en casa del Sr. de Fremiot. La gente era mucha, y todos se deshacían en lágrimas. Sólo la señora de Chantal conservaba una serenidad aparente, pero sus ojos se llenaban de agua, y manifestaban la violencia que se hacía para contener el llanto. Iba de un lado á otro, abrazaba á sus parientes, les pedía perdón, rogándoles la encomendasen á Dios y que no lloraran, pero no lo conseguía; y ella misma se enterneció mucho cuando al acercarse á sus hijos, Celso Benigno se colgó de su cuello, y probó con mil caricias á disuadirla de su intento. La señora de Chantal, inclinada sobre él, le cubría de besos y respondía á sus razones con admirable fortaleza. Ningún corazón, por insensible que fuese, podía contener sus sollozos al oír «esta conversación tan amorosamente dolorida entre la madre y el hijo.» Viendo la señora de Chantal que la ternura agotaba sus fuerzas, se desprendió de su hijo y quiso pasar adelante; pero Celso Benigno, desesperado por no poder detener á su madre, se echó en el suelo delante de la puerta, y la dijo: «Madre mía, si soy bastante débil y desgraciado para no poder deteneros, por lo menos tendréis que pasar sobre el cuerpo de vuestro hijo.» A estas palabras, á esta acción, sintió la señora de Chantal que su corazón se partía, y no pudiendo ya sostener el peso de su dolor, se detuvo, y dió libre curso á las lágrimas. El buen Sr. Roberto, que asistía á esta desgarradora escena, temiendo que la señora de Chantal perdiese su valor en este momento solemne: «¿Y qué, señora — la dijo, — las lágrimas de un niño serán capaces de venceros? — No — replicó la Santa sonriendo en medio de su

llanto; — pero, ¿qué queréis? soy madre, y mi hijo es bueno.» Y levantando los ojos al cielo como otro Abraham, pasó sobre el cuerpo de su hijo.

En este momento apareció el Sr. Presidente Fremiot, retirado hasta entonces en su cuarto. Este hombre, verdaderamente grande, se había preparado con la oración al sacrificio que Dios le pedía. Recibió en sus brazos á su hija, y una conversación en voz baja, interrumpida con besos y sollozos, se prolongó por algún tiempo. Nadie oyó las confianzas sublimes de aquellas dos almas tan dignas una de otra. En fin, la señora de Chantal se arrodilló y pidió á su padre la bendición. El venerable anciano levantó los ojos y las manos al cielo, y «¡oh, Dios mío!—dijo,—yo no debo resistir lo que hacéis; al contrario, consiento en ello con todo mi corazón é inmolo por mis propias manos á esta hija mía, que me es tan querida como Isaac lo era á su padre Abraham.» Después, abrazando á su hija y haciéndola levantar: «Id, pues, hija mía, adonde Dios os llama. Si no os vuelvo á ver en este mundo, moriré contento sabiendo que estáis en la casa de Dios, y estoy seguro de que vuestras oraciones sostendrán la vejez de un padre que os permite le dejéis y os marchéis adonde deseáis. ¿Lo haréis así, hija mía? — ¡Oh! sí, amadísimo y venerable padre mío,—respondió sollozando nuestra Santa.—Vamos—añadió el Sr. de Fremiot,—enjuguemos nuestras lágrimas, y honremos la santísima voluntad de Dios cumpliéndola amorosamente, no sea que el mundo diga que nuestra constancia se debilita.» Y diciendo estas palabras, la entregó una carta para San Francisco de Sales.

El contenido de esta carta lleva el sello de la ternura de un padre que inunda el papel con sus lágrimas, pero redactada con la varonil elocuencia de un cristiano. Dice así:

«29 de Marzo de 1610.

»Ilmo. señor:

»Esta carta debería estar escrita con más lágrimas que letras, pues que mi hija, en quien tenía yo mi mayor consuelo en este mundo y que era mi mayor descanso en esta miserable vejez, se me va, y me deja padre sin hijo alguno. No obstante, á ejemplo vuestro, Ilmo. señor, que en la muerte de vuestra madre adorasteis la voluntad de Dios con firme y constante resolución, yo me resuelvo también y me conformo con el divino beneplácito. Y pues Dios quiere á mi hija para su servicio en este mundo, llevándola por ese camino á la felicidad eterna, yo quiero hacer ver que prefiero su contento y la tranquilidad de mi conciencia, á todas mis particulares afecciones.

»Va, pues, á consagrarse á Dios, pero con la condición de que no olvidará á su padre, que tan tierna y cariñosamente la quiere y la ha querido siempre.

»Se lleva dos prendas muy amadas, una de las cuales (María Amada) es, creo, muy feliz, pues que entra en vuestra bendita familia; pero en cuanto á la otra (Francisca) quisiera que nos la conservase para nosotros. Respecto á su hijo (Celso Benigno), yo le cuidaré con todo el afecto que debe un buen padre á su hijo, y mientras Dios tenga á bien dejarme en este valle de lágrimas y miserias, le haré educar en el honor y en la virtud.»

Tomando esta carta, en la que alternativamente hablan el padre y el cristiano, la señora de Chantal abrazó de nuevo á su padre, llenó otra vez de sus lágrimas y últimas caricias á su querido hijo Celso Benigno, y recomendándole encarecidamente al señor de Fremiot, su querido padre, y al Sr. Roberto, subió al coche con sus dos hijas, María Amada y Francisca, con su yerno el joven Barón de Thorens y con la seño-

rita de Brechard, que estaba decidida á seguirla en su retiro. Mientras que el carruaje rodaba por las calles de Dijón, guardó silencio la Santa; pero apenas salió de las puertas, llena de un santo entusiasmo, cantó el cántico de su libertad. Había terminado su dolorosa agonía.

Doscientos cincuenta años han pasado después de este memorable acontecimiento, y siempre produce la misma emoción. Como todos los grandes actos de santidad, hiere y arrebató. Produce á un tiempo estupor y admiración: tanta energía espanta á primera vista; pero cuando se ve á cuánta prudencia y ternura iba unida, cuánto y por qué hombres, y con qué madurez se reflexionó antes de dar este paso extraordinario; cuántas y cuán minuciosas precauciones se tomaron para que los niños no echasen de menos á su madre; y cuando después, mirando á la señora de Chantal, se la ve tan fuerte, pero tan oprimida y agobiada, destrozada por el dolor y atenta sólo á la voz de Dios, pasando por encima del cuerpo de su hijo, pero temblando con todos sus miembros y próxima á desmayarse; cuando, sobre todo, en aquel último momento se oyó salir de su corazón entre sollozos este grito que llega al alma: «¡Ah! qué quereis, ¡soy madre!» y se adquiere así la seguridad de que entre los dos mayores y más poderosos amores que pueden agitar á un alma, el amor divino triunfa sin que el amor maternal quede vencido, entonces toda duda desaparece, toda rebelión natural cede, los ojos se llenan de lágrimas, y se admira en silencio una de las más nobles victorias que se hayan podido jamás conseguir en este mundo.

¡Y qué descanso tan dulce, qué tranquila y profunda satisfacción para el corazón, después de tan terrible crisis, es el seguir al claustro á la señora de Chantal, y verla allí mismo constantemente preocupada de lo porvenir de sus hijos, y á pesar de tantos trabajos

y tan grandes obras, manifestarse y ser siempre su verdadera madre! Ella acaba por sí misma la educación de Francisca, vigila la de Celso Benigno, procura á uno y á otra los más ventajosos enlaces; al Sr. Conde de Toulangeon entrega su Francisca; Celso Benigno casa con María de Coulanges, y ¡qué dolor! cierra por sí misma los ojos á su querida Baronesa Thorens; y lo que es más grande aún, cuando Celso Benigno muere en el campo de batalla, cuando su joven esposa muere también, cuando el Conde de Toulangeon ha dejado viuda á Francisca, ¡cuán tierno es ver á nuestra Santa, de edad de sesenta años, teniendo á su cargo la dirección de casi ochenta casas y con una larga correspondencia europea, constituirse y volver á ser madre de todos sus huerfanitos.

He aquí los espectáculos que nos reserva esta historia, los cuales son tan hermosos, tan grandes, que al acabar esta vida, y resumiendo nuestras impresiones, no sabemos qué alabar y admirar más en la señora de Chantal, si á la fundadora, á la esposa, ó á la madre; porque en todos estos diferentes estados manifiesta poseer unidas, en concierto admirable, todas las cualidades naturales y divinas que forman las grandes almas.

